

ct

El peregrino de sí mismo

de
Arturo Echavarren

(fragmento en castellano)

FRAGMENTO 1

*El único personaje visible de esta comedia es el Peregrino, un hidalgo de finales del siglo XVI, vestido con decenas de retales mal zurcidos.
A través de él se encarnará el resto de personajes.*

1. El estrellado

*La cubierta de un navío. Sonido de olas. Se intuye el inicio de un mástil. Barriles por doquier. Maromas. Entra apresuradamente el Peregrino, mareado, turbado y confundido, mirando a su alrededor. Al fin, repara en el público y retrocede unos pasos. Tiende la vista al bastidor por el que ha salido y durante un instante parece que su intención es desaparecer por él. Su respiración es agitada.
Al cabo, desiste de la idea y camina hacia el público visiblemente nervioso, amagando una torpe reverencia que no llega a completar. Contempla a los espectadores con dudosa intención y sonrisa discontinua, buscando palabras que se quedan pegadas al paladar.
Pausa larga.
De pronto, habla.*

Las cosas no son como son. Y así estamos como estamos.

¿Entenderán lo que digo?

Puedo decirlo otra vez. Las cosas no son como son. Y no soy quien no soy.

He dicho lo que dije. ¿Bastará con lo que digo?

Pausa.

Empezaré desde el principio y, antes que esta nave llegue a puerto, entenderán lo que habré dicho.

Avanza hacia el proscenio y habla.

Entre lágrimas y aullidos, deshecho, deshabitado, vine al mundo mal venido, mínimo, descolorido. Mi padre, por no conocerme, no llegó a nacer siquiera y quiso hundirse en los pozos del Limbo. Mi madre tuvo vergüenza de verme y, así, me parió con pocas ganas mi madrastra.

Nací una noche sin estrellas y planetas, cerrada a cal y canto, para vivir sin encanto y morir bien estrellado, sin colores y sin forma. En el cielo nocturno, tembló al verme el Escorpión, el León se ahogó en su llanto, el Cangrejo estremecido tomó las de Villadiego y el Toro, bramando, dio pisotones sobre el campo de zafiros. Cuatro cuartos de luna negra alumbraron mi alumbramiento y desde entonces mi hado es más negro que la sombra del tintero.

Tan estrecha es mi suerte y tan amarga que no hay cosa buena que no me suceda al revés.

Si salgo de casa, acuden desastres en avalancha. Cuando una teja ha de caerse, espera hasta que yo pase para caer con mucha prisa y romperme la cabeza. Si camino en enero con ropa de abrigo, el sol

tiene gana de abrasar la tierra entera y, si paseo en julio con sombrilla, caen granizos como bueyes. Los alguaciles me toman por todo ladrón y todo ladrón me toma por alguacil y, no siendo ni una cosa ni otra, unos y otros me muelen los huesos a palos y piedras.

Siempre fue mi vecindad malcasados que vocean, perros que ladran y muerden, mancebitos que berrean, herreros madrugadores, gaiteros que no se acuestan.

Si alguno quiere morir pronto y de cualquier manera, proponga hacerme algún bien y no vivirá hora y media.

La riqueza me rehúye. La pobreza se me pega como engrudo. Cuando me pongo la ropa, me la pongo trece veces, porque está en trece trapos de trece colores dividida. Y así todas las mañanas empujo aguja e hilo para unir lo que sólo con violencia está unido.

En fin, a tanto llegó mi renegrida estrella que de mis presentes males fue causa primera un huevo. Un huevo, en fin, de gallina.

2. Por un huevo de gallina

Todo comenzó cierta noche de marzo, como quien no quiere la cosa, en Santiago de Compostela, donde tiene su eterno panteón el patrón de estos reinos. Espesas nubes cubrían los dos polos del mundo, amenazando a la Tierra con espantosos sucesos. Dormía yo el sueño de los justos, cansado de no hacer nada, cuando algún vecino de secas entrañas, con bigotes de tejón, con barbas de Barrabás, se coló en mi casa como un mal viento y hurtó un huevo que teníamos abrigado en un cesto.

A la mañana siguiente, levantose mi abuela con sus trescientos inviernos auestas y no pudo encontrar el huevo por parte alguna. Y, turbada y confusa, comenzó a dar gritos de esta manera:

ABUELA

¡Ay, Dios mío, que me muero! ¿Qué fue del huevo que aquí yacía y ahora no yace donde solía? ¿Qué bellaco mi huevo ha tomado, que ni maldita sombra ha dejado? ¿Quién hurtolo, llevolo, arrebatolo, con mancilla, malicia, crimen, engaño, fuerza, fraude y dolo? ¿Dónde paras, huevo de mis entrañas? ¿Qué faltas y pecados cometiste para que solo y dolorido te hayan arrancado de mis umbrales? Tú solo eras la lumbré de mis ojos, mi faro de Alejandría, el espejo de plata en que yo me miraba. ¿Dónde hallaré yo otro huevo tan galán como tú? Alivio de mis trabajos, consuelo de mis tribulaciones, tú solo me entendías los pensamientos y yo los tuyos, como si fuera tu hermana de leche. ¡Ay, huevo mío, qué gallo y qué gallina habrían salido de tu hidalgo cascarón! Veinte maravedíes me habrían dado por el gallo y por la gallina veintrés. ¿Qué será de mí, infelice, cuitada? ¡No tengo un huevo, no tengo nada, no valgo nada! ¡Maldita sea mi vida! ¡No diré que Dios está ya en el cielo si sufre y consiente tamaña injusticia! ¡Llebadme de este mundo, que no lo quiero ver más!

Y tantos y tales eran sus gritos que se alborotó la vecindad toda y daban aullidos los perros y doblaban a muerto las campanas de la catedral. Y, dando voces, me miraba de soslayo y yo la miraba sin decir esta boca es mía y estos son mis pies, que no es cortés interrumpir a quien da gritos con tanto aliño, y así le sonreía como caballero honrado por darle alegría.

De pronto, encendidas las mejillas, me miró muy molesta y cayó al suelo como muerta. Me agité yo sobremanera y, encomendándome a todos los santos, la agité para que despertara, mientras le decía:

Mima un zarandeo vigoroso.

PEREGRINO

¿No despiertas, por san Quirce? ¿No despiertas, por san Telmo? Bien se ve que no despiertas ni por Quirce ni por Telmo.

A la postre, todavía sin despertar, pidió pluma y papel y sobre él escribió estas palabras gritantes: «¡Sin huevo no hay despertar!».

Aquellas cinco palabras con grande estruendo de trueno sellaron cinco veces mi destino.

¡Sin huevo no hay despertar!

¿Mas dónde encontraré yo un huevo, si no tengo ni para comprar la sombra de un mendrugo de pan?

¡Sin huevo no hay despertar!

Pero ya mis pies me arrancaban de mis umbrales, sacándome de mi casa, en avalancha hacia el mundo amargo, con mal pie y en mala hora.

Andaba la ciudad alborotada con las nuevas sobre la grande Armada que se aprestaba para castigar al bárbaro inglés y desencajar el cielo de sus quicios con pólvora, plomo y destrozo universal, pero en mi conciencia ardía solo un deseo y mi deseo era hacerme con un huevo de gallina.

¡Sin huevo no hay despertar!

Y así, discurriendo cómo hacerlo sin tener un miserable real, andaba yo haciendo la culebra de una acera a otra, por estorbar que las muchas tejas que caían pudieran derribarme los sesos y por no topar con casas de acreedores, que, por ser de día, podían reconocermme y pedirme lo que había sido suyo y después mío y, a la postre, de nadie.

Era mi deseo y pretensión caminar oculto y con tiento, pero no pude lograrlo porque, al pasar por una casona, he aquí que comenzó a seguirme un ingeniero de tambores, lampiño, con ojos así de grandes, que venía probando su nuevo tambor con resolución y porfía.

Suena el eco inagotable de un tambor, brotado de las anchas veredas de su imaginación.

Con disgusto me volvía yo y con disgusto le decía: «No me siga, caballero». Mas tocando me seguía. «No me siga, se lo ruego». Mas tocando me seguía. «¡Le he dicho que no me siga, hijo de doscientos padres, almorrana de Caifás!».

Mas la almorrana de Caifás seguía tocando y tocando me seguía.

Y tan recio tocaba y con tanto embeleso que nada oía ni decía y tocando sonreía como sonríe una mona de Ceilán. Tomé entonces determinación de echar a correr. Pero nunca se vio en toda la redondez de la tierra un ingeniero de tambores que corriese con tanta maña y ligereza, tocando sin tropiezo su infernal música de palo, sin perder nunca la sonrisa y el estruendo, siguiéndome como sombra por mil calles y callejas.

Poco a poco, el tamboreo se estrecha hasta desvanecerse.

Por fin logré despistarlo, apretado en una esquina, y ya el estruendo se perdía entre muros sin orejas. Suspiré con grande alivio. ¡Pasó la calamidad! De pronto, escuché muy cerca de esta oreja:

ACREEDOR

¿Y mis dineros?

Di un respingo y volviendo la cabeza vi a mi lado una figura remendada como la mía, que reconocí enseguida como uno de mis más terribles acreedores. Y gemí y palidecí y entróseme el espanto entre la carne y los huesos. Pero, dándome la vuelta, preparé aprisa el aderezo de negar deudas:

unas barbas de estropajo. Me las puse con gran prisa y volviéndome a mi acreedor le dije:

PEREGRINO

Con otro hombre me confunde, señor mío, que yo soy el emperador Carlomagno, tío del Cid Campeador, que no debe nada a nadie. Sordo soy de ambas orejas y de los dos ojos soy tuerto.

ACREEDOR

¡Tú mientes como traidor! ¿Dónde quedan mis ducados?

PEREGRINO

No le oigo, que soy muy sordo.

ACREEDOR

¡Mis dineros!

PEREGRINO

¿Cómo dice?

ACREEDOR

¡Mis dineros!

PEREGRINO

No le oigo.

ACREEDOR

¿Dónde paran mis reales y mis doblones dorados?

PEREGRINO

No sé dónde pararán, pues no escucho lo que dice.

Y, con sus grandes manazas, me arranca las barbas y con furia y saña las arroja al suelo. Pero yo las recojo y con furia y saña me las pongo de nuevo. Y él las arroja y yo las recojo y él me las tira y yo me las pongo y me llama villano y me llama belitre, faquín, pelarruecas, gandul, mostrenco y cabrón. Yo le llamo don hijo de la puta.

Y arremete contra mí. Me agarra de la pechera. Yo le agarro de la suya, ¡no voy a ser menos que un rufián!, y me estira y le estrujo y me estruja y le estiro. Y tanto es el tiramiento y tantos son los tirones que saltando por los aires vuelan hilos y remiendos, trapos, paños y retales, y nos quedamos los dos en pelota como Adán en la gloria del Edén.

Una viuda malcarada que por allí acierta a pasar, con más faldas que una alcachofa, vuelve el rostro con las manos en la cara y me ve las jerigonzas. Y, fuera de sí, comienza a gritar y a dar voces:

Remeda una voz aflautada.

VIUDA

¡Ah, traidor! ¡Ah, qué susto! ¡Ah, qué grande... el disgusto!

Me vuelvo suspenso y confuso y veo que a sus voces ha acudido el ingeniero de tambores, muy contento de hallarme de nuevo, sonriendo a boca llena.

Suena de nuevo el tamboreo infernal.

Pero más me suspende ver cómo de una taberna vienen corriendo uno, dos, tres, cuatro alguaciles, armados de tinto en blanco y desnudos los aceros, gritando:

ALGUACILES

¡Daos presos, matadores de honras!

El maldito acreedor se escabulle bajo una carreta y me quedo yo solo, con mis barbas de estropajo. Y crean que eché a correr y corrí como en mi vida, perseguido a la carrera por los fieros alguaciles, por la viuda malcarada, el ingeniero de tambores y mil tejas que caían.

Tanto corrieron mis pies que en tres días al océano llegaron y, no hallando otra salida, me eché al agua sin dudarle y nadé como un delfín que llega tarde a algún lado. Me siguieron los alguaciles una larga pieza de tiempo desde la orilla, corriendo por la campiña, en tanto que me apellidaban de truhán y de hereje luterano. Y tantos rugidos dieron, con tanto brío y tanta saña, que se les secaron las voces y volvieron a Santiago a remojarlas.

En la costa, entre olorosos tomillos y flores amarillas, se quedó el ingeniero probando el tambor una hora más. Después de advertir que su música podían darla como purga en boticas, arrojó el tambor al agua y volvióse a su casa, de lo que cobraron notable satisfacción Apolo y el convento de las nueve musas en el monte Parnaso.

Cesa, por fin, el esfuerzo acústico del ingeniero de tambores.

Comencé entonces a recibir algún consuelo y alegría y sentirme un tanto aliviado de las melancolías que me oprimían. Suspendido entre dos reinos altos y azules, surgía y me yerguía en el tibio mar y sentía en mi ceño el risueño sol de marzo. Tenía el sosiego del pez en el agua, la salamandra en el fuego. Los filos del mundo se intuían redondos, abolidas las aristas. Y en mi corazón herido hizo nido la paz.

Algunas veces me pregunto qué habría sido de mí si hubiera nadado a la orilla en ese preciso momento. ¡Cuán diversa hubiera sido mi suerte! Pero todo mi deseo era entregarme a aquellas resonancias de plata y aquel aire en que iba sonando la campana del sol.

Entonces y solo entonces advertí que allí a lo lejos unos marinos, pensando que yo era un pobre fulano a punto de ahogarse, me hacían señas para que subiera a su navío. ¡Por las barbas de Neptuno!

Perdí aliento y me espanté y me turbé y les grité que no trataran de hacerme bien, que les iba a pesar a ellos y a mí con ellos. Y en el tiempo en que se abre un párpado, estalló la campana del sol en mil relámpagos y sobrevino espantosa oscuridad de brava tormenta.

Y llegaron los vientos de húmedas barbas y tomaron las cuatro esquinas del mar y, como si fuera manta su corriente, se pusieron a mantear el navío, que ya daba cabezazos a las estrellas y puntapiés a las arenas y a mí con ella. Embistió a la tierra el viento, la tierra embistió al océano, el océano embistió a la tierra y el mundo tembló del mundo. Vive Dios que se me llenó de mar la boca cuando clamé: «¡Peor estoy que estaba!».

Tragáronse las olas la nave como quien traga un huevo duro y me quedé solo y escaso entre tanto torbellino. Tras mucho nadar en aquel océano roto y alborotado durante catorce horas o más, cansado ya de tanto padecer y tragar agua como rana en charca y no habiendo quien me escurriera de aquella pena dura, me dejé caer hacia lo hondo con hondo pesar y honda tristura.

Se interrumpen truenos y vientos. La escena se torna submarina.

Cubierto de algas tristes y más triste soledad, entre boñigas de ballena, me senté sobre una roca del fondo del mar, para beber mi muerte poco a poco, esperando dentro del corazón aquella hora oscura y postrera.

A mi alrededor caían infinitas osamentas y cuerpos derrumbados. Y advertí que al hundimiento de la nave habían acudido muchedumbres de peces voraces. Y los veía comer de las carnes de los miserables ahogados, como lobos que el ganado despedazan. Un atún me miró con buenos ojos y le siguieron una docena, deseosos sin duda de hacer devoración de mi persona, y así se lanzaron sobre mí, con ímpetu espantoso.

Pero, sin perder ánimo, comencé a arrojarles gran tormenta de boñigas de ballena y huyeron espantados.

Entonces, alcé la vista y de pronto vi... Y aquí hacer resistencia al llanto es cosa inútil...

Mira hacia arriba, poniéndose en pie, rebosantes de gozo los ojos, mientras el escenario se llena de vivos resplandores de colores.

Del navío rotpido vi caer infinitos cofres rebosantes de joyas y dineros y sedas y lienzo maravillosos.

Como en un ensueño lunar, por aquí caían diamantes que como soles refulgían, por acá rubíes con almas carmesíes, por allí esmeraldas como puños verdes, amatistas y zafiro, crisopacios y carbunclos, calcedonias y topacios, y una lluvia de doblones que más que el fuego relumbraban. ¡A fe de hidalgo honrado que jamás fui más sabrosamente apedreado!

Todo me hacía envidia y todo lástima por no tenerlo en mi casa, con que pudiera comprar a lo menos tres o cuatro millones de huevos de gallina. Y así abrí una grande arca que por allí había y a manos llenas la fui llenando de joyas preciosísimas. Y, colmada la boca de risa, me sentía la criatura más feliz y dichosa que plumas encarecieron y fabulas ponderaron.

Pausa.

Pero cuando ya me disponía a arrastrar el arca hasta la costa, cayeron sobre mí y los atunes unas redes que unos pescadores habían tendido. Y, sintiendo la pesca enredada, tiraron con brava furia y me arrastraron con ella, dejando allí en la hondura tan fabuloso tesoro, que no lo vio más grande Alejandro el Grande y la reina de Saba.

Y, mientras era arrastrado, con amargas lágrimas y gemidos tristes, pensé que los sueños son como blanca nieve que, al llegar a tocarlos, se deshacen para siempre.